



LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN EN DEBATE

THE HISTORY OF THE STUDIES OF COMMUNICATION IN DEBATE

Emiliano Sánchez Narvarte
emiliano.sanchez@perio.unlp.edu.ar
orcid.org/0000-0002-5407-3681

Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires
Centro de Investigaciones en Problemáticas Sociosimbólicas
Latinoamericanas «Aníbal Ford»
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

RESUMEN

Este artículo se propone indagar, a partir de las recientes problematizaciones sobre la historia de los estudios de comunicación en la Argentina y en América Latina, los relatos «históricos» que se hegemonizaron en el campo hacia finales de los años ochenta y principio de los noventa, comprendidos como parte de los procesos de constitución de una tradición selectiva, situada en sus propias condiciones sociales de posibilidad. Desde este punto de partida, se pretende dar cuenta de qué modo la articulación de perspectivas teórico-metodológicas como la sociología de la cultura y la historia intelectual se presenta como una entrada productiva para pensar los procesos de emergencia de la pregunta por la comunicación en nuestro continente, aportando inteligibilidad a procesos trazados por tensiones, por conflictos culturales y por la radicalización política e intelectual.

PALABRAS CLAVE

estudios, comunicación, cultura, historia

ABSTRACT

This article proposes to investigate, from the recent problematizations on the history of the studies of communication in the Argentina and in Latin America, the «historical» statements that hegemonized in the field towards ends of the eighties and beginning of the nineties, understood as part of the processes of constitution of a selective tradition, placed in his own social conditions of possibility. From this point of item, one tries to realize of what way the joint of theoretical-methodological perspectives like the sociology of the culture and the intellectual history appears as a productive entry to think the emergency processes of the question for the communication about our continent, contributing intelligibility to processes planned by tensions, by cultural conflicts and by the political and intellectual radicalization.

KEYWORDS

studies, communication, cultura, history

RECIBIDO

18 | 08 | 2015

ACEPTADO

10 | 10 | 2015

LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN EN DEBATE

ALGUNOS PROBLEMAS, OTROS ABORDAJES

Por Emiliano Sánchez Narvarte

En los últimos tiempos, se han desarrollado una serie de problematizaciones sobre la historia de los estudios de comunicación en la Argentina y en América Latina que llevó a comprender a la propia historización del campo como parte de los procesos de constitución de una tradición selectiva, situada en sus propias condiciones sociales de posibilidad. En esta clave comprendemos el proyecto emprendido por la revista *Causa y Azares* (1994-1997) y los trabajos de Héctor Schmucler (1997), de Víctor Leonarduzzi (1998), de Carlos Mangone (2007) y de Santiago Gándara (2007). Dentro de este conjunto de trabajos se sitúan las más recientes investigaciones de Mariano Zarowsky (2011) sobre el itinerario intelectual de Armand Mattelart, que reconstruye ciertas coordenadas del campo de la comunicación latinoamericano, y de Ricardo Diviani (2013), que explora la formación del campo de estudios sobre la comunicación en la Argentina, y la articulación intelectuales, política y medios de comunicación, en las décadas del sesenta y del setenta.

Estos estudios, con sus matices en cuanto al abordaje teórico-metodológico, como así también en cuanto a los objetos por los que se interrogaron, han puesto de relieve la necesidad de pensar la historia de los estudios en comunicación desde una doble

dimensión ubicada en la intersección de dos zonas. Por un lado, una dimensión más bien epistemológica, que implica reflexionar sobre las condiciones sociales de producción del conocimiento; es decir, dar cuenta de los espacios de cruces de discursos y de saberes, de tradiciones intelectuales y de formaciones político-culturales desde los que se configuran los estudios en comunicación y cultura. Por otro, una dimensión sociológica, orientada a pensar la historia de los estudios en comunicación y cultura como un mirador privilegiado para abordar anudamientos más amplios del campo político y cultural. Por ello es que se empezó a situar la emergencia de la pregunta por la comunicación en la Argentina y en América Latina en la trama específica de relaciones con un espacio social y cultural signado por un proceso de modernización y de institucionalización de las ciencias sociales y de radicalización política de una franja del campo académico e intelectual.

A partir de lo dicho, en este artículo nos proponemos, por una parte, indagar en una serie de críticas que se han realizado a los relatos «históricos» que se hegemonizaron en el campo de estudios en comunicación; y, por otra, indicar de qué modo el cruce de perspectivas teórico-metodológicas, como la sociología de la cultura y la historia intelectual, se torna una entrada productiva para pensar los procesos de emergencia de la pregunta por la comunicación en la Argentina y en América Latina, aportando inteligibilidad a procesos trazados por tensiones y por conflictos culturales, políticos e intelectuales.

LECTURAS Y TRADICIONES. ALGUNOS PROBLEMAS

Hacia mediados de los años ochenta y principios de los noventa, los relatos que se hegemonizaron en América Latina sobre el desarrollo y la constitución de los estudios de comunicación y cultura legitimaron ciertas historizaciones que en clave pedagógica y de constitución de manuales disciplinares consolidaron lecturas y tradiciones selectivas (Zarowsky, 2011). Pensamos, específicamente, en la legitimación institucional de algunos trabajos en clave «historiográfica», como *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina* (1991), de Raúl Fuentes Navarro, y *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (1987) y *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura* (2002), de Jesús Martín-Barbero, entre otros.¹

La consolidación disciplinar trajo consigo la estabilización de ciertas preguntas, objetos y perspectivas metodológicas que buscaban superar los modos de investigación que habían caracterizado su etapa «fundacional», acusada de ser reduccionista o de perder de vista las tramas de la comunicación y la cultura. Por caso, Martín-Barbero ([1987] 1998) afirmó que hacia los años sesenta y setenta, en torno a lo que denominó «mediacentrismo», se constituyeron dos tradiciones que, según su concepción, caracterizaron los estudios de comunicación en tales décadas: lo que analizó como investigaciones «ideologistas», que privilegiaban descubrir y denunciar la penetración y la invasión cultural por medio de los análisis discursivos para desentrañar la ideología dominante en los textos de la cultura masiva; y lo que, en referencia a las investigaciones de los setenta, caracterizó como «cientificismo» o «informacionalismo», argumentando que hacia aquellos años la comunicación se asimila a los modelos informáticos vinculados a las teorías matemáticas y a la cibernética.

Si bien la pregunta por el rol de los medios masivos de comunicación cobró una centralidad en los trabajos producidos durante esos años, tampoco es menos cierto que existió una pluralidad de estudios y de ensayos que comenzaron a pensar a los medios masivos y a la comunicación desde otras perspectivas generando nuevos interrogantes.² El problema que identificamos, y que merece ser puesto en discusión, es el proceso de fetichización que se produce al pensar y al subsumir los matices y las contradicciones de específicos tiempos históricos en significantes como «ideologismo» o «informacionalismo», que lejos de promover una comprensión profunda de la propia historia del campo la clausuran e invitan a pensar que el tiempo y el pensamiento se articulan superándose, permanentemente, de modo lineal y evolucionista, y llegando a una especie de momento ideal, de aparente síntesis –los ochenta y los noventa–, donde las reducciones fueron «superadas». En este sentido, como sostiene Mangone, se fue «construyendo una suerte de panteón de autores en positivo» (2007: 80) y eliminando la relación conflictiva que tienen entre ellos; así, al no puntualizarse las diferencias, lo que se evita es definirse acerca de las posiciones de cada uno. Y hablamos de fetichización porque tales interpretaciones hegemónicas invisibilizan el entramado histórico, social y político en el que emergieron las preguntas, las premisas y los objetos que caracterizaron un momento de los estudios en comunicación en América Latina.

Uno de los primeros proyectos que emprendió la tarea de revisar de manera crítica las lecturas dominantes sobre la historia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina y en América Latina se materializó en la revista *Causas y Azares*, entre 1994

y 1998. La publicación se propuso reconstruir las condiciones en las que emergió el campo de la comunicación y su posterior institucionalización, sin perder de vista los cruces entre lo intelectual y lo político-cultural que caracterizaron, por ejemplo, experiencias como las de las revistas *Comunicación y Cultura* (1973-1985), *Crisis* (1973-1976) y *Lenguajes* (1974-1980).

Para reflexionar sobre el proceso de emergencia de los estudios en comunicación latinoamericanos y, al mismo tiempo, dar cuentas de los giros y las transformaciones que se estaban efectuando en ese momento, desde *Causas y Azares* se publicaron una serie de entrevistas a referentes como Héctor Schmucler (1994), Néstor García Canclini (1995), Eliseo Verón (1995), Armand Mattelart (1996), Aníbal Ford (1997) y Beatriz Sarlo (1997), en las que reflexionaban sobre el devenir del campo académico.

Teniendo como horizonte preocupaciones similares, Lenarduzzi, en su tesis de maestría, titulada *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones* (1998), sostuvo que si bien fue necesario establecer ejes organizadores de los itinerarios que recorrieron los estudios de comunicación en cuanto a preguntas, a objetos y a problematizaciones, «llegadas a cierto grado de generalización», estas distinciones podían «producir ceguera en relación con aquello que se pretendía iluminar» (1998: 18). En este sentido, el investigador reconocía que se había establecido un consenso en torno a ciertas afirmaciones, tales como «los setenta se caracterizaron por el estudio de la propiedad de los medios y la ideología de los emisores», o «los ochenta se volcaron a las mediaciones socioculturales y a la recepción», configurando una serie de interpretaciones reduccionistas y estereotipadas que hicieron perder de vista «aspectos relevantes de su propia historia» (1998: 23).

Por su parte, Gándara, en su trabajo «Cultura y mercancía. La teoría crítica en los estudios latinoamericanos de comunicación» (2007), puso un particular énfasis en cómo ciertos teóricos de la comunicación latinoamericana receptionaron a referentes de otros campos de saber, y, específicamente, a los teóricos de la Escuela de Frankfurt. Al respecto, si bien reconocía que la obra de Martín-Barbero *De los medios a las mediaciones* ([1987] 1998) se constituyó, a fines de los ochenta, «en faro de los estudios de comunicación», afirmaba que allí se fijaron «en letras de molde, como clisé, las reiteradas críticas y objeciones que se le plantean a la Escuela de Frankfurt», en la cual sus referentes teóricos aparecían enfrentados como «en un match de box»: de un lado, la figura de Adorno, «emparentado con el elitismo cultural, y en el otro rincón Walter Benjamin, el intelectual sensible que comprende la experiencia de las masas» (Gándara, 2007: 12).

Martín-Barbero, apunta Gándara, construyó un falso debate entre dos posiciones intelectuales que invisibilizó las condiciones en las cuales se enmarcaban las teorizaciones de Theodor Adorno y de Walter Benjamin sobre el arte y la industria cultural.

A propósito de esto, Gándara (2007) recupera la crítica análoga que una década atrás había realizado Schmucler en *Memoria de la comunicación* (1997). En ese trabajo, Schmucler resaltaba como «ejemplo paradigmático» de estas lecturas selectivas la oposición que se hacía en las academias latinoamericanas de comunicación entre *Dialéctica del Iluminismo* (1947), de Theodor Adorno y Max Horkheimer, y «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» (1936), escrita diez años antes por Walter Benjamin. Schmucler planteaba que los últimos escritos de Benjamin habían modificado sustancialmente sus posiciones en torno al arte; específicamente, con «La obra de arte...» y que esto operaba de manera decisiva en su pensamiento (1997: 127). Estas falsas dicotomías y operaciones de lectura habían generado una antítesis («Adorno vs. Benjamin», dirá Gándara) que imposibilitaba una comprensión más totalizadora que permitiera entender los cruces dialógicos entre ambas obras.

Una situación similar en torno a la historia de los estudios en comunicación se expresa en el ya clásico trabajo de Fuentes Navarro, *Un campo cargado de futuro* (1991). Allí, el teórico mexicano, a partir de una serie de entrevistas que el investigador Gómez Palacios había realizado a más de cincuenta investigadores latinoamericanos, proponía un *ranking* de los proyectos de investigación más importantes, de los que se concluía que: en primer lugar se encontraba Mattelart y su grupo, en Chile; seguido por Pasquali, en Venezuela; por Beltrán, en Colombia, por Verón, en la Argentina, y por Freire, en Brasil y en Chile (Fuentes Navarro, 1991: 11). El autor reafirmaba la idea, «bastante generalizada», de que estos autores, al ser los pioneros y los líderes más importantes de la investigación latinoamericana, eran los *founding fathers* de los estudios en comunicación en la región.

Al respecto de este trabajo, y tal como sostiene Zarowsky (2011), esta apelación al mito de «los padres fundadores», abstraigo estas intervenciones teóricas –más allá de algunas referencias al contexto histórico general– de sus condiciones de producción, al mismo tiempo que, al darlo por supuesto, soslayaba la propia producción de la figura de autor a través de procesos de legitimación y de consagración. Esta perspectiva se articuló coherentemente, entonces, con una visión lineal de la historia de las ideas, hecha de rupturas con ese pasado mítico, además de que el mismo relato propuesto por

Fuentes Navarro (1991) situaba el «futuro del campo» en los trabajos de García Canclini y de Martín-Barbero.³

Es en este sentido, entonces, que según Diviani, se construyó «una historia sesgada, cuando no falaz, que consideró que los estudios de comunicación en esa etapa estuvieron dominados por una concepción ingenua, cargada de preceptos ideológicos y motivada por un afán puramente denunciador» que se convirtió en «la explicación dominante» que circuló por diferentes «espacios del saber como verdad indiscutible» (2013: 11-12).

A partir de lo mencionado, lejos de ser una *tradición* que da cuenta de un momento del campo en particular, sigue operando institucionalmente en la actualidad.

Al respecto de cómo las interpretaciones dominantes al interior del campo de la comunicación se estructuran en planes de estudio y en programas de las materias, Nancy Díaz Larrañaga sostiene que «todos los programas de Teorías de la Comunicación están constituidos bajo la misma matriz, acá [La Plata], en Quilmes, en Jujuy, en Córdoba o en la UBA». Según la docente e investigadora, esto daría cuenta del «fuerte peso de lo instituido, de cómo la comunicación se concibe a sí misma», y agrega que los programas están estructurados evolutivamente con énfasis en lugares comunes y sin revisión, y que, incluso, «la bibliografía tiende a ser la misma en todos lados» (Sánchez Narvarte y otros, 2015: 108).

Estas tradiciones no son el resultado de fenómenos azarosos y apolíticos, sino producto de lo que Raymond Williams denomina como *tradiciones selectivas*. Tal como sostiene el teórico británico, en la práctica la tradición es la expresión más evidente de las presiones y de los límites dominantes y hegemónicos; es el medio de incorporación práctico más poderoso (Williams, [1977] 2009). En este sentido, los textos y los autores no existen por fuera de la historia de sus interpretaciones selectivas. Entre los lectores y el texto se interpone, necesariamente, toda una malla de interpretaciones previas que tienen la capacidad de prefigurar el sentido de tales textos, y cada uno de ellos «ha acumulado una historia de efectos y de interpretaciones que son parte constitutiva de su significado» (Tarcus, 2013: 34). Estos sentidos atribuidos a referentes teóricos y a sus trabajos deben comprenderse en su emergencia, es decir, se tienen que inscribir en sus condiciones de producción, y se debe pensar, posteriormente, por qué tales sentidos siguen operando en la actualidad, para tratar de comprender de qué modo, siguiendo el razonamiento de Williams, esas versiones,

intencionalmente selectivas del pasado y afines a una hegemonía particular, se articulan con esas «instituciones privilegiadas» que son las universidades que, en el marco de procesos generales de organización social y cultural de los saberes, «no solo protegen ciertos estándares y procedimientos, sino que bajo presión los protegen de manera diferencial» (Williams, [1981] 2015: 186).

LA ENTRADA POR LA SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA Y LA HISTORIA INTELECTUAL

A propósito de lo anterior, sería problemático atribuirle a un «autor» la legitimidad de su producción al interior de un campo de saberes: sería comprender una obra por fuera de sus condiciones de producción, de circulación y de recepción. Postular lo anterior como un «problema» es situarse en el abordaje teórico-metodológico que en distintos trabajos se viene practicando⁴, y que es el cruce entre la *historia intelectual* y la *sociología de la cultura*.

Particularmente, la *historia intelectual*, siguiendo el planteo de Carlos Altamirano, más que una disciplina o una subdisciplina, es un campo de estudios y su asunto es «el trabajo del pensamiento en el seno de las experiencias históricas» (2005: 10). Si bien es cierto que su labor se inscribe dentro de la historiografía, se ubica en el límite de ese territorio; incluso, se cruza con otras disciplinas por la especificidad de los materiales que trabaja o de las facetas que explora en ellos (Altamirano, 2005). Esta perspectiva permite analizar las ideas en el marco de los conflictos, de los debates y de sus cambios de sentido cuando estas son encarnadas por hombres y por mujeres en la historia. En ese sentido es que se diferencia de la historia de las ideas: más que prestar atención a una secuencia temporal de las ideas, atiende «más bien a sus encarnaciones temporales y a sus contextos biográficos»; a las ideas, pero también «a sus portadores: los sujetos» (Tarcus, 2013: 53).

Siguiendo estas premisas, las significaciones que han producido los sujetos se inscriben en entramados más amplios. Como afirma Altamirano, estas significaciones «no se producen ni circulan en el vacío social» (2005: 12); o, de otro modo: los textos tienen implicaciones y están insertos en redes de problemas que es imprescindible reconstruir.

Como observa François Dosse, la historia intelectual tiene como objetivos hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, «de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad» (2007: 14). La historia intelectual, sostiene el historiador francés, pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos y de los itinerarios más allá de las fronteras disciplinares; esto es, «revivir el enredo de estas dimensiones de naturaleza diferente y, por lo tanto, de integrar la vida intelectual en envites sociales y culturales más amplios» (2007: 114), aproximándose entonces, a ese «punto de encuentro entre el mundo de las ideas y el mundo social» (2007: 152).

Desde esta perspectiva, se torna necesario considerar las redes de producción intelectual y los espacios de sociabilidad, puntualmente las revistas, que, como afirma Dosse, constituyen «uno de los soportes esenciales del campo intelectual» y pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad, como espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas (2007: 51). Indagar, por ejemplo, los momentos fundacionales de una revista permite contar con un mirador privilegiado para observar la relación entre esas instancias que Williams denominó «formaciones» y las «producciones formativas» que derivan de ellas (Weinberg, 2010: 235).

En este sentido, el trabajo dirigido por Altamirano y publicado en dos volúmenes, *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008 y 2010), propone una serie de «espacios productivos» para explorar la producción social de las ideas. A lo largo de la introducción al volumen II, Altamirano da cuenta de ciertos nudos que considera necesarios estudiar desde la historia intelectual: por un lado, indagar las *redes intelectuales*, indicativas de una forma de sociabilidad entre agentes culturales, artistas, editores, que «permite hacer ver modos de comunicación y de circulación de ideas entre individuos y grupos localizados en diferentes lugares» (2010: 19). Recupera, al igual que Dosse, a las revistas culturales como objeto de estudio, como espacios que permiten «estudiar las direcciones y las batallas del pensamiento en las sociedades modernas y hacer el mapa de las líneas de sensibilidad de una cultura en un momento dado» (2007: 19) y también como «una forma de agrupamiento y de organización de la intelligentsia» (2007: 20) y que, por lo general, incorporan la actividad cooperativa de una serie de personas, como puede ser un círculo ideológico, un grupo literario o un conjunto más laxo. Por otro lado, considera, también, a las empresas editoriales pensadas en tanto *proyectos culturales*, «debido no solo a que el libro es uno de los

soportes de inscripción y de circulación del discurso intelectual», sino porque las labores de una casa editorial, los vínculos y los contactos, su participación en los procesos generales de la organización de los saberes, incluye una serie de actores, desde traductores a editores, como también intelectuales que participan de esas iniciativas (Dosse, 2007). En este sentido, los trabajos de Gustavo Sorá (2004 y 2010), de Bernardo Subercaseaux (2010) y el trabajo colectivo dirigido por José Luis de Diego (2014), dan cuenta de las múltiples dimensiones de las relaciones sociales que se articulan y que son condición necesaria de la circulación de las ideas.

En relación con la otra perspectiva considerada, la *sociología de la cultura*, son centrales los aportes de Pierre Bourdieu, de Roger Chartier y de Raymond Williams. Bourdieu fue uno de los primeros en discutir la idea «romántica» del autor como creador que subyacía en las perspectivas biográficas de los estudios literarios y de algunos abordajes sociológicos. Los aportes del sociólogo francés son importantes al considerar que toda biografía intelectual puede comprenderse completamente cuando se la inscribe en el «campo ideológico de la cual forma parte» al interior de la estructura del campo intelectual (Bourdieu, 2012: 24).

La «inversión metodológica» propuesta por Bourdieu (2012) implica diferenciar el análisis en tres momentos: en primer lugar, analizar la posición de los productores de ideas en relación con las clases dominantes, con sus tensiones y/o con sus subordinaciones; en un segundo momento, analizar las relaciones objetivas que se establecen al interior de un campo, entre las posiciones de los distintos grupos que disputan la legitimidad de sus producciones, en un momento dado de la estructura de un campo intelectual; en tercer lugar, analizar la construcción específica de un *habitus*, entendido como principio generador del conjunto de las prácticas y las ideologías de un grupo de agentes. La construcción de las lógicas de los sistemas de relaciones que se producen en un momento dado en un campo social es, según Bourdieu, la condición previa de la reconstrucción de la trayectoria social «como sistemas de rasgos pertinentes de una biografía» (2012: 32).

En la misma línea, el sociólogo francés ha señalado que el estudio de una obra no cobra sentido al menos que se la vincule con dos conjuntos de relaciones: primero, el espacio de las obras –o de los discursos– como tomas de posición diferenciales; segundo, el espacio de las posiciones ocupadas por aquellos que las producen (Bourdieu, [1984] 2008). Inscribir las obras en este conjunto de relaciones permitirá, «según el principio de la intertextualidad», comprender el significado de las obras en el marco de la red

de relaciones con otros textos a los que remite y que constituyen sus condiciones de producción (Bourdieu, [1984] 2008).

A propósito de lo dicho, Bourdieu consideraba, entonces, que se debía dar cuenta de la posición de un autor en relación con la estructura objetiva del campo en el que se inscribía –académico, literario, intelectual, etc.– y en relación con el campo de poder, es decir, con la reproducción del orden social que se cristaliza a partir de la distribución desigual de las posiciones de poder en cada campo específico (Bourdieu, 2012).

En relación con lo anterior, Chartier también ha reflexionado sobre la historia intelectual en el marco de un abordaje más general, entendido como «historia cultural». Al respecto, Chartier sostiene que la historia cultural considera al individuo «en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece», (1992: 12) colocando en lugar central la «articulación de las obras, las representaciones y las prácticas con las divisiones del mundo social que, a la vez, son incorporadas y son producidas por los pensamientos y las conductas» (1992: 16). En este sentido, Chartier considera que ciertas tradiciones de la historia de las ideas aislaron los sistemas de pensamiento de las condiciones de su producción; «esta historia deshumanizada instituye un universo de abstracciones donde el pensamiento parece no tener límites al no tener dependencia» (1992: 17).

Para evitar estos problemas propone situar el objeto de análisis en un campo en el que se crucen dos líneas: una vertical, o diacrónica, «por la cual se establece la relación de un texto o de un sistema de pensamiento con una expresión previa de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, científica, etc.)» (1992: 41); y otra horizontal o sincrónica, que permita establecer «relaciones entre el objeto intelectual con las producciones en otras ramas o de una cultura al mismo tiempo» (1992: 42). Esta propuesta, sostiene Chartier, permite pensar una producción intelectual o artística a la vez en la especificidad de la historia de su género o de su disciplina, en su relación con otras producciones culturales contemporáneas y en sus relaciones con distintos referentes situados en otros campos de la totalidad social (socioeconómica o política).

Con varios puntos en común con la sociología cultural de Bourdieu y la historia cultural de Chartier, algunos trabajos de Williams constituyen un aporte ineludible para abordar la producción intelectual en el marco general de las condiciones sociales de producción de las ideas. En su trabajo *Sociología de la cultura* observó que las preocupaciones de los intelectuales se producen y se reproducen en el tejido social y cultural,

a veces como «ideas y conceptos, pero también, de manera más amplia, en forma de instituciones que las configuran, de relaciones sociales significadas, de acontecimientos sociales y religiosos, de modos de trabajo y ejecución» (Williams, [1981] 2015: 179).

De todos modos, Williams advierte que no se puede tomar a los intelectuales como un sector representativo de la organización social de los *productores culturales* ([1981] 2015: 178). El sociólogo inglés entiende que reducir la producción intelectual a ciertos tipos de escritores, de filósofos y de pensadores sociales, excluye a distintos tipos de *productores culturales* que contribuyen a la cultura general: aquellos que están instalados en las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas; funcionarios públicos, expertos en finanzas, que, dirá Williams, «están directamente implicados en la producción y reproducción del orden social y cultural general» ([1981] 2015: 180).

Williams sitúa a los intelectuales como una actividad especializada al *interior* de una categoría más general de productores culturales y, a partir de allí, propone una serie de conceptos que le permiten situar materialmente la producción de las ideas en el marco de los procesos de organización social y cultural. En este sentido, la pregunta en torno a la producción de las ideas podría enunciarse a partir de indagar qué sujetos las producen y en qué relaciones sociales (Williams, [1980] 2012). A partir de aquí es que Williams inscriba su sociología de la cultura como un análisis de «las especificidades de la producción material de la cultura» (Williams, [1977] 2009: 15), y apunte con sus abordajes a investigar «las instituciones y las formaciones de la producción cultural», «las relaciones sociales de sus medios específicos de producción» y los procesos de reproducción cultural y social inscriptos en los problemas generales y específicos de la organización cultural (Williams, [1981] 2015: 26). Esto es un aspecto que diferencia a la historia cultural de la sociología de la cultura: en términos de Williams, se trata de analizar las condiciones de la producción cultural –entre ellas, la producción intelectual– al interior de las disputas por la hegemonía. En esta línea, algunos teóricos señalaron lo que entienden como un doble vínculo entre las prácticas políticas y la producción de conocimiento: el papel de la política en la producción de conocimiento y el papel político del conocimiento en la producción de hegemonía (Gramsci, [1949] 2012; Buci Gluksmann, 1978).

A MODO DE CIERRE

Hasta aquí, se ha pretendido dar cuenta de algunas entradas productivas para pensar los procesos de configuración de la pregunta por la comunicación en la Argentina y en América Latina, inscribiéndola en un entramado social, cultural y político más amplio, y considerando que la producción del conocimiento sobre lo social se constituye en un «espacio de intersección productiva», definido por múltiples agentes e instituciones; definido por el Estado, la academia, el «campo intelectual», el sector privado (Neiburg & Plotkin, 2004: 16). Por ello, también es que se ha subrayado la importancia de indagar la circulación y los pasajes de los individuos y de las ideas en formaciones, en organizaciones y en instituciones culturales.

De todos modos, no se puede dejar de considerar que una cuestión es plantear la fecundidad de una línea de trabajo y otra considerarla como el mejor y el único camino posible para el tratamiento académico-científico de un objeto de investigación. En este sentido, y no está de más decirlo, una de las advertencias de Williams consistió en no «tomar los términos de análisis como términos sustanciales» ([1977] 2009: 176). Se trata, pues, de tener ciertas precauciones al momento de realizar el análisis. Considerando las reflexiones de Claudio Suasnábar, en *Universidad e intelectuales* (2004), el problema no es como cómo aplicar las categorías sino, más bien, cómo extraer de la densidad y de la complejidad de los objetos de estudio los indicios que permitan no solo negar o afirmar la existencia de un campo –en referencia al aporte teórico de Bourdieu– sino, principalmente, dar cuenta de las condiciones sociales de producción de un espacio social. De este modo, considerando las mismas reflexiones de Bourdieu, la cuestión de los límites de un campo no «admite ninguna respuesta a priori» y «las fronteras del campo no pueden determinarse sino mediante la investigación empírica» (Bourdieu & Wacquant, [1992] 2005: 153-154).

Por último, es importante atender las formulaciones realizadas por Federico Neiburg y Marinao Plotkin en *Intelectuales y expertos* (2004), quienes consideran que cuando se generaliza un uso mecánico de categorías como «autonomía» o «campo» esto «revela que al incorporar los valores de los sujetos estudiados como valores del analista, este deja pasar la posibilidad de comprender las acciones y las ideas de estos últimos» (2004: 16). Y, además, agregan, se producen ciertas clasificaciones y categorizaciones de autores y de grupos sociales, que no son distinguibles empíricamente (Neiburg & Plotkin, 2004).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTAMIRANO, Carlos (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

ALTAMIRANO, Carlos (dir.) (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina I. Los avatares de la 'ciudad letrada' en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz.

ALTAMIRANO, Carlos (dir.) (2010). *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la 'ciudad letrada' en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz.

BEIGEL, Fernanda (2003). *El itinerario y la brújula: el vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*. Buenos Aires: Biblos.

BLANCO, Alejandro (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BOURDIEU, Pierre [1984] (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BOURDIEU, Pierre (2012). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

BOURDIEU, Pierre; WACQUANT, Loïc [1992] (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva* (Trad. Ariel Dilon). Buenos Aires: Siglo XXI.

BUCI GLUKSMANN, Christine (1978). *Gramsci y El estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. Madrid: Siglo XXI.

CAUSAS Y AZARES N.º 1 (1994). «Estudios de comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción». Entrevista a Héctor Schmucler.

CAUSAS Y AZARES N.º 2 (1995). «Culturas populares, culturas híbridas, culturas del consumo». Entrevista a Néstor García Canclini.

CAUSAS Y AZARES N.º 3 (1995). «Investigación, semiología y comunicación: del estructuralismo al análisis en producción». Entrevista a Eliseo Verón.

CAUSAS Y AZARES N.º 4 (1996). « Intelectuales, comunicación y cultura: entre la gerencia global y la recuperación de la crítica». Entrevista a Armand Mattelart.

CAUSAS Y AZARES N.º 5 (1997). «Cultura, política comunicación: entre la reconstrucción de lo popular y el análisis de las transformaciones globales». Entrevista a Aníbal Ford.

CAUSAS Y AZARES N.º 6 (1997). «Entrevista a Beatriz Sarlo».

CHARTIER, Roger (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.

DIVIANI, Ricardo (2013). *La formación de los estudios de comunicación en Argentina. Intelectuales y medios masivos en los años sesenta-setenta*. Tesis para optar por el título de Doctor en Comunicación Social. Universidad Nacional de Rosario. Mimeo.

DE DIEGO, José Luis (dir.) (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DOSSE, François (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. España: Universitat de València.

FORD, Aníbal; ROMANO, Eduardo; RIVERA, Jorge (1985). *Medios de comunicación y cultura popular*. Buenos Aires: LEGASA.

GÁNDARA, Santiago (2007). «Cultura y mercancía. La teoría crítica en los estudios latinoamericanos de comunicación». *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura* (N.º 2), pp. 7-19.

GRAMSCI, Antonio [1949] (2012). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

LENARDUZZI, Victor (1998). *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.

MANGONE, Carlos (2007). «Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural». *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura* (N.º 2), pp. 77-87.

MARTÍN-BARBERO, Jesús [1987] (1998). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

NEIBURG, Federico; PLOTKING, Mariano (2004). «Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina». En Neiburg, Federico; Plotkin, Mariano (comps.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 15-30). Buenos Aires: Paidós.

PASQUALI, Antonio (1963). *Comunicación y cultura de masas: la masificación de la cultura en las regiones subdesarrolladas*. Caracas: EBUC.

PASQUALI, Antonio (1967). *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.

SÁNCHEZ NARVARTE, Emiliano y otros (2015). *Los estudios de comunicación en la Argentina: consensos y disensos*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata (en prensa).

SCHMUCLER, Héctor (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.

SUASNÁBAR, Carlos (2004). *Universidad e intelectuales: educación y política en Argentina 1955-1976*. Buenos Aires: Manantial.

SUBERCASEAUX, Bernardo (2010). «Editoriales y círculos intelectuales en Chile (1930-1950)». En Altamirano, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la 'ciudad letrada' en el siglo XX* (pp. 567-582). Buenos Aires: Katz.

SORÁ, Gustavo (2004). «Editores y editoriales en ciencias sociales: un capital específico». En Neiburg, Federico; Plotkin, Mariano (comps.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 265-292). Buenos Aires: Paidós.

SORÁ, Gustavo (2010). «Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme». En Altamirano, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX* (pp. 537-566). Buenos Aires: Katz.

TARCUS, Horacio (2013). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

WEINBERG, Liliana (2010). «Cuadernos Americanos: la política editorial como política cultural». En Altamirano, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX* (pp. 235-259). Buenos Aires: Katz.

WILLIAMS, Raymond [1977] (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.

WILLIAMS, Raymond [1980] (2012). *Cultura y materialismo*. Buenos Aires: La Marca.

WILLIAMS, Raymond [1981] (2015). *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

ZAROWSKY, Mariano (2011). *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Ciencia, cultura y política en el itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Mimeo.

REFERENCIA ELECTRÓNICA

FUENTES NAVARRO, Raúl (1991). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina* [en línea]. Disponible en <ccdoc.iteso.mx/cat.aspx?cmn=download&ID=945&N=1>.

NOTAS

1 Es importante señalar que ya hacia principios de los años ochenta –y como iniciativa del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO, con sede en Perú–, se financiaron una serie de trabajos de investigación que reflexionaron sobre los estudios de comunicación en América Latina. Como resultado de este proyecto se publicaron trabajos que sistematizaron las producciones en torno a la «problemática comunicacional» en distintos países de Sudamérica. Entre otros, Luis Peirano Falconi y Tokihiro Kudó, *La investigación en comunicación social en el Perú* (1982); Giselle Munizaga y Anny Rivera, *La investigación en comunicación social en Chile* (1983); Patricia Anzola y Patricio Cooper, *La investigación en comunicación social en Colombia* (1985); y Jorge Rivera, *La investigación en comunicación social en Argentina* (1986) (reeditado, al año siguiente, bajo el sello Puntosur).

2 Por dar solo unos ejemplos, desde inicios de los años sesenta, Antonio Pasquali (1963, 1967) comenzó a reflexionar en torno a las políticas de comunicación y al problema de la concentración monopólica, y Paulo Freire (1968) a discutir y a pensar la comunicación en articulación con los problemas político-ideológicos y culturales, en el marco de procesos revolucionarios. Incluso más acá, a principios de los ochenta, el trabajo de Aníbal Ford, de Jorge Rivera y de Eduardo Romano, publicado en 1985 –pero que compila artículos de años anteriores– explora una gran cantidad de experiencias, de sujetos y de objetos considerados «marginales» por las ciencias sociales, para indagar los sentidos producidos por las clases populares en contraposición a la cultura dominante. Sin dejar de asumir que los estudios enumerados mantienen diferencias entre sí, nos entregan pistas para pensar que los sesenta y los setenta desbordan, profundamente, las historizaciones realizadas.

3 Ver, del mismo libro de Fuentes Navarro, el capítulo «Crisis, proyecciones y vinculaciones en el estudio de la comunicación en América Latina» (pp. 201-235).

4 Entendemos este cruce tal como lo practicaron en sus investigaciones Fernanda Beigel, sobre la obra y la praxis vital de José Carlos Mariátegui (2003); Claudio Suasnábar, sobre los intelectuales de la educación en la Argentina (2004); Alejandro Blanco, sobre el itinerario de Gino Germani (2006); y Mariano Zarowsky (2011), al reconstruir el itinerario intelectual de Armand Mattelart relacionando aspectos epistemológicos de sus producciones teóricas con los procesos y los debates políticos y culturales en el que emergieron.